

FANATISMO Y VIOLENCIA

Por Marciano Vidal

El fanatismo es una de las más peligrosas enfermedades que debilitan, traumatizan y llegan a dar muerte a la convivencia social. El individuo y los grupos que se mueven por el impulso fanático constituyen una amenaza directa e inmediata para la vida democrática.

La ética civil tiene como tarea denunciar el fanatismo que pretende corroer la convivencia pluralista y democrática. Pero no basta la denuncia; es necesario proponer y realizar un proyecto de educación ético-cívica que elimine de raíz los brotes del fanatismo.

Denuncia y proyecto ético alternativo constituyen los dos aspectos considerados en esta reflexión sobre la relación entre fanatismo y violencia. Previamente se aporta una noción descriptiva de la condición fanática como marco de referencia para los ulteriores planteamientos.

El vocablo sustantivado "fanatismo" es derivado del adjetivo "fanático". Esta derivación no es únicamente de carácter lingüístico, sino también de índole temporal. El uso del término "fanatismo" es posterior al del correspondiente adjetivo "fanático". Por eso ha de entenderse el significado de aquél, mediante el significado de éste.

Etimológicamente "fanático" proviene del latín "fanum", que significa templo. En significación directa se dice de algo que es fanático en cuanto que pertenece o tiene cierta relación con el templo (2). En textos latinos se habla del dinero "fanático" (paecunia fanatica) para aludir al dinero destinado al templo, de persona "fanática" (fanaticus), para referirse a un protector del templo, y de asunto "fanático" (causa fanatica), para señalar un negocio relacionado con el templo.

1.—DESCRIPCION DE LA CONDICION FANATICA

Llama la atención el hecho de que no existan muchos estudios sobre el fanatismo. La bibliografía sobre el tema es notablemente escasa. Apenas se encontrarán reflexiones sistemáticas sobre la realidad del fanatismo. Como es obvio, los Diccionarios y Enciclopedias aluden al tema de un modo general y sintético (1).

Pero ya en la lengua latina se empleó el adjetivo "fanático" con un sentido nuevo o traslaticio. El significado inicial de referencia al templo degenera y se aplica a la situación de la persona cuando ésta se siente y actúa dominada por un entusiasmo exaltado y por un celo intemperante. Son abundantes los testimonios

latinos que reflejan este significado traslaticio. Conviene advertir que el ámbito donde se manifiesta la postura fanática, es marcado por la religión: sacerdotes fanáticos, acciones religiosas fanáticas, etc.

Tanto la procedencia etimológica como el uso inicial restringido, directo y traslaticio, al ámbito de las religiones hizo que el término "fanático" se reservase prácticamente para actitudes del mundo religioso. Hasta hace poco el fanatismo era considerado casi exclusivamente como un fenómeno de la vida religiosa.

Para justificar la afirmación anterior baste recordar dos testimonios cualificados. Voltaire habla del fanatismo en contexto religioso; es, según él, la manifestación patológica de la superstición: "el fanatismo es a la superstición lo que el delirio a la fiebre y lo que la rabia a la cólera" (3). El segundo testimonio es el de Balmes. Este pensador católico introduce también el tema del fanatismo en contexto directamente religioso: lo estudia como un fenómeno aportado por el Protestantismo (4).

Cuando el término fanático estuvo reservado para aludir a comportamientos religiosos su uso tenía notable carga polémica. En la época moderna fue empleado con frecuencia para descalificar de forma global y acrítica la religión en general por considerarla causa y antro del fanatismo. Por su parte, los defensores de la religión también con bastante frecuencia utilizaron una apologética ingenua para negar su fanatismo y exageraron las tintas al devolver la acusación hacia los acusadores irreligiosos.

El tema del fanatismo se ha liberado en la actualidad de la estéril confrontación polémico-apologética de signo religioso. Más aún, a pesar de que el Diccionario de la lengua mantenga el uso primariamente religioso (5), el término fanático se ha secularizado. Existe el fanatismo religioso: religiones fanáticas, sectas fanáticas, actos religiosos fanáticos, etc. Pero existen también otras muchas formas de fanatismo: el ideológico, el político, el cultural, el moral, etc.

A partir de la secularización de la realidad y del concepto de fanático, se puede analizar el fanatismo como una condición humana que tiene unos rasgos genéricos y que se concreta en los diversos sectores de la existencia.

El fanatismo constituye una patología de la conducta humana. Es una forma desviada del comportamiento que se caracteriza por los tres rasgos siguientes: 1) creerse en posesión de **toda** la verdad; al menos, en relación con un ámbito de la realidad; 2) vivir esa posesión de modo exaltado, cuasi místico, como de **enviado**; 3)

sentir un imperativo irresistible a **imponer** la verdad a los demás como misión ineludible.

El fanatismo se sitúa en el lado de la desmesura, de la exageración, y de la exarcebación. El fanático va siempre más allá de lo debido. La dinámica del fanatismo tiene la estructura de la desproporción. Es el modo desproporcionado de entender y de defender una causa. El fanatismo "es la condición de aquéllos que, creyéndose investidos de una misión religiosa, civil o social, y teniendo una pertinacia singular en sus ideas, recurren a todos los medios, aún a los violentos, para hacerlas triunfar" (6). Para Balmes el fanatismo constituye "una viva exaltación del ánimo fuertemente señoreado por alguna opinión, o falsa o exagerada" (7).

El fanatismo se alimenta y se expresa mediante un conjunto de factores que son sus inevitables concomitantes:

- la convicción irracional más que la búsqueda sincera de la verdad: el fanatismo tiene ambiente propicio en la ignorancia y en el prejuicio; el fanático "razona" con las vísceras más que con la inteligencia.
- la conciencia desmedida de la propia grandeza: el fanático se identifica con la causa que defiende; el fanatismo linda con el delirio, la obcecación, y la intemperancia.
- la intolerancia como forma de relación interpersonal e intergrupala: el fanático se alimenta del celo inquisitorial y actúa como fiscal o comisario de la verdad; el fanatismo se identifica con la praxis de la unidimensionalidad.

Son muchas las causas que dan origen al fanatismo. El fanático llega a hacerse por la actuación conjugada de variados procesos. No suelen faltar determinados factores disposicionales; en efecto, personalidades esquizoides y paranoides tienen una propensión clara al fanatismo. El esquizoide es una personalidad rígida que vive su afectividad de un modo disociado y que es capaz de anteponer el esquema prefabricado a la evidencia de la vida. Por su parte el paranoide se caracteriza por la fijeza en sus ideas, por la manía de grandeza y por la presencia en él de ideas delirantes. Se comprende, pues, que tanto el esquizoide como el paranoide tengan cierta predisposición al fanatismo.

Junto a los factores disposicionales hay que situar la historia personal del sujeto. El fanático llega a serlo como conclusión y salida a determinadas frustraciones personales. El compo-

nente de frustración es más evidente en algunos tipos de fanatismo determinados por un deseo desmedido de superación. No hace falta acudir siempre, aunque no haya que descartarlo por principio, a fijaciones de la época infantil concretamente de carácter anal. Con relativa frecuencia el fanatismo constituye la patología de la debilidad y del resentimiento; sujetos incapaces de vivir y actuar desde la precariedad de su peculiar psicología se lanzan a la desmesura del fanatismo como a una tabla de salvación. La búsqueda de una seguridad ficticia que venza la inseguridad personal está en el origen de muchos comportamientos fanáticos.

Mirado desde las teorías de la personalidad social, el fanático se configura mediante los factores siguientes: el autoritarismo, la intransigencia, y la exaltación. La personalidad social del fanático se alimenta del autoritarismo, se relaciona con los demás de forma intransigente y vive su vida social de modo intemperante y exaltado. Hay situaciones históricas, ambientes ideológicos y opciones socio-políticas que atraen y segregan personalidades fanáticas.

Los tres grupos de causas que se han enumerado ayudan a comprender la génesis de la condición fanática. Conviene, no obstante, advertir que el fanático se hace en gran medida a él mismo. No se puede descartar el componente de libertad en los comportamientos fanáticos. A ese reducto hay que apelar para exigir la superación del fanatismo.

2.—DENUNCIA ETICA DEL FANATISMO: SU CONEXION CON LA VIOLENCIA

El fanatismo puede ser denunciado éticamente desde muchas perspectivas. El comportamiento fanático es frontalmente contrario a toda ética que se precie de tal por su aceptación de la criticidad y de la imparcialidad. Más concretamente, la ética cristiana se opone radicalmente al fanatismo desde sus opciones exiológicas por la libertad, por el amor, por la convivencia democráticamente realizada, etc.

La denuncia que se ofrece a continuación parte de la ética civil y se sitúa en la perspectiva de la conexión entre fanatismo y violencia. El fanatismo queda desacreditado por su inevitable connivencia con la dinámica de la violencia. Afirmación que puede ser desglosada en tres aspectos: analizando la **estructura**, los **cauces**, y los **ámbitos** del fanatismo y viendo en ellos el irrenunciable componente de la violencia.

a) La estructura fanática es violenta y la estructura violenta es fanática

El fanatismo y la violencia son dos dinámicas necesariamente superpuestas. El fanático necesariamente es violento y éste inevitablemente es fanático.

En primer lugar, el comportamiento violento es fanático, es decir, está fanatizado y es fanatizador. Examinada la estructura de la violencia no cabe la menor duda en la aceptación de su componente fanático, en efecto:

- el violentador, para constituirse en cuanto tal, precisa “autoglorificarse”; se mitifica a sí mismo; se hace héroe. Nadie es violento si previamente no fanatiza su personalidad para sentir la coherencia, aunque patológica, entre la acción violenta y el sujeto que la ejecuta.
- la violentación lleva consigo el halo de la fascinación. En la violencia hay siempre, de forma más o menos explícita y de modo más o menos directo, una “orgía de la victimación” y un ritual de la sangre”. La fascinación de la violencia se alimenta del fanatismo y se expresa a través de él.

- el acompañamiento justificador de la violencia surge de la distinción fanática entre la “verdad” y el “error”, entre los “buenos” y los “malos”. La verdad puede matar al error, los buenos tienen derecho a prevalecer sobre los malos.

En segundo lugar, el comportamiento fanático es violento. La prueba de esta afirmación se apoya en la realidad histórica. Una de las fuentes primarias de las violencias pasadas y presentes está en el fanatismo. Este constituye uno de los móviles que más desgracias han causado en la historia de la humanidad.

Existe otro tipo de prueba para la afirmación de que el comportamiento fanático es inevita-

blemente violento. Es la que proporciona el análisis de la dinámica del fanatismo. El fanático hace de la fuerza su ideario ya que convierte el éxito de su causa en cuestión de prevalencia sobre el adversario. Por otra parte, la agresividad neurótica, no integrada, le lanza compulsivamente al ejercicio de la violentación de otros. Además, el objetivo del fanatismo y de la violencia coinciden en lo esencial; la destrucción del "otro". Es evidente que la violencia pretende deshacerse, imaginaria o realmente, del enemigo. Pero ése es también el objetivo del comportamiento fanático: eliminar la "verdad" del otro, quitar la "personalidad" social del otro, destruir el "ámbito" pluralista y convivencial del otro, etc. Violencia y fanatismo se dan cita para eliminar la realidad del otro.

b) Mecanismos fanatizadores en la dinámica de la violencia

La violencia se realiza dentro de un espacio real: es la violencia convertida en concreción empírica, con su secuela de efectos mortíferos o paramortíferos (secuestro, tortura, etc.), físicos o morales. Esa es la violencia que se ve y que constata en hechos, palabras, etc.

Pero la violencia humana también acaece al interior de un espacio ideológico. La violencia es realidad pero al mismo tiempo es "representación". Se organiza dentro de un universo lingüístico, simbólico, justificativo, etc. Hasta se ha hablado de las "fantasías" de la violencia. El arsenal de la violencia es cuantificable empíricamente en los instrumentos mortíferos y paramortíferos de que dispone la humanidad. Pero existe otro arsenal de la violencia, no menos peligroso: es el arsenal de las "representaciones" de la violencia.

Dentro del espacio ideológico en que acaece la violencia intervienen un conjunto de mecanismos de índole fanático. Pueden ser reducidos a tres grupos: desacreditar a la víctima; asumir el papel de salvador mesiánico; interpretar la historia como un campo de batalla entre el bien y el mal.

Desacreditar a la víctima. No se mata si previamente no se ha desacreditado a la víctima. La violencia actúa dentro del marco ideológico organizado por el factor de la "descalificación" y del "descrédito". La actuación del descrédito

tiene por objeto constituir al otro como víctima. La supresión efectiva, es decir, la ejecución real de la violencia no es más que el final del proceso de victimación iniciado por la descalificación y el descrédito.

Para conseguir, el descrédito de la víctima se precisa una campaña ideológica movida por el fanatismo. Por ejemplo:

- para ejecutar una violencia moral sobre otro, se requiere previamente declararlo fanáticamente un "herético", un "proscrito", un "excomulgado", un "renegado", un "no-patriota", etc.
- para llegar a la violencia física se precisa robarle a la víctima, de modo fanático, su personalidad social: el policía es para el terrorista no un policía sino un "enemigo en guerra"; el terrorista es para el torturador no una persona, sino una "rata".

Desacreditar a la víctima es comenzar a ejecutar la violencia. La tormenta de la violencia comienza en la zona de la "representación" y descarga en el ámbito de la realidad. Ahora bien, el descrédito y la descalificación del otro, es un efecto del fanatismo, que por su propia y peculiar dinámica, distingue entre "buenos" y "malos" y consiguientemente configura "sujetos-víctimas".

Asumir el papel de salvador mesiánico. No se realizan acciones violentas si no se justifican por una pretendida salvación, propia o de los otros. La violencia interhumana, y de modo preferente la social, es una patología de la salvación. El violentador se constituye en salvador y desde ese rol, asumido patológicamente, ejecuta unas acciones que para los demás son violentas, pero para él son salvíficas.

En sus manifestaciones más extremas la violencia se autojustifica por la salvación que genera. Esta salvación es entendida y vivida:

- como un "don", es decir, mesiánicamente; no es algo que se construye con el esfuerzo humano de todos, sino una gracia que desciende de lo alto a través de un fanático mediador que la instrumentaliza.
- de forma "totalizadora", es decir, escatológicamente: no es una salvación conseguida parcial e históricamente, sino de modo pleno e instantáneamente como efecto de una acción suprahistórica.

Para llegar a tener conciencia de este papel mesiánico se precisa dejarse penetrar por el fanatismo. Únicamente el fanático es capaz de asumir patológicamente el rol de salvador mesiánico.

—como misión de un grupo privilegiado que se autoproclama salvador del resto de la humanidad.

Interpretar la historia como un campo de batalla entre el bien y el mal. Otro de los mecanismos fanatizadores que entran en la dinámica de la violencia es la comprensión de la historia como una trama bélica entre las fuerzas del mal y las del bien.

El fanático se mueve dentro de un universo ideológico que propicia y hasta genera por necesidad acciones violentas. En efecto, el fanatismo hace de la historia una "representación" de la lucha dualística entre el bien y el mal. La historia humana únicamente cobra sentido para el fanático si se la entiende como una permanente situación de guerra. El fanático vive en una continua exaltación bélica. Sus actitudes básicas son las propias del sobresalto permanente: actitud de "acecho" para descubrir al enemigo, actitud de "defensa" ante el ataque de los valores mitificados, actitud de "asalto" para derrocar los baluartes de la malignidad. El fanático está siempre en "pie de guerra".

Siendo éstos los símbolos, las comprensiones y los universos representativos del fanático es natural que el fanatismo engendre violencia. La dinámica de la violencia está dirigida necesariamente por los mecanismos de la representación fanática de la realidad, concretamente por la interpretación de la historia como un campo de batalla entre el bien y el mal.

c) Ambitos de la violencia fanática (o del fanatismo violento)

La violencia fanática o el fanatismo violento puede darse en todos los ámbitos de la existencia humana. Todos los flancos de la realidad humana pueden ser sometidos a la acción fanática y a la acción violenta.

De ahí que sea válido hacer una tipología sistemática de la violencia fanática. Se pueden clasificar las manifestaciones del fanatismo violento en: 1) individuales o colectivas, siendo éstas últimas las más potentes y las más usuales; 2) actuales o estructurales, manifestándose las primeras en acciones singulares y las segundas en sistemas (sociales, religiosos, políticos, culturales, etc), de configuración fanática; 3) espectaculares y ordinarias, según el modo de presentarse en un determinado momento histórico; 4) carismáticas o calculadas, de acuerdo con el componente racionalizado de la acción fanática.

Más que la clasificación sistemática interesa la referencia a los ámbitos más significativos del fanatismo actual. En el plano internacional destacan algunos de modo prominente: brotes de fanatismo violento en el mundo islámico (Irán, etc.) y en el mundo judío (Israel); movimientos de belicismo fanático; formas extravagantes de fanatismo religioso que conducen a violencias individuales e intragrupalas; fanatismo estructural de sistemas socio-políticos que violentan a individuos y a grupos (totalitarismos de izquierdas y de derechas). Ante esta constatación, no se puede afirmar que haya desaparecido del universo humano la peste del fanatismo violento.

Con el fin de no reducir el discurso a la mera retórica y de no extraviarlo por la senda de la evasión es conveniente referirse a los ámbitos más cercanos del fanatismo violento. Tres son las situaciones en las que, dentro de nuestra cercana realidad social, se han instalado en connivencia el fanatismo y la violencia. Aludir a ellas es denunciar tres formas importantes y tipológicas de fanatismo violento.

Componente fanático de la violencia terrorista. No es el momento de analizar las causas, la trayectoria histórica y la significación presente del terrorismo. Únicamente interesa ahora señalar su componente fanático. He aquí la enumeración de algunos signos que denotan la fanatinación de la violencia terrorista:

—ha sido señalada la relación entre violencia y religión en Euskadi (8); sobre todo en las formas extremas (de izquierdas y de derechas) de violencia el recurso justificador a la religión es de índole fanática.

—cuando se proyecta una "trascendencia teológica" en la realidad de la violencia funciona el fanatismo como fuerza de apoyo, de justificación y de sublima-

ción. Ciertas publicaciones religiosas y determinadas "Coordinadoras" acúan fanáticamente cuando importan indebidamente análisis tercermundistas, cuando superponen la liberación histórica con la liberación escatológica, cuando proponen como solución un fácil y capcioso ideal absoluto sin mediaciones socio-históricas.

—la violencia terrorista no está exenta de rituales propios del fanatismo. La auto-proclamación de "representantes" del pueblo, la división dualista entre buenos y malos, la simbólica inherente a la acción violenta: son otros tantos momentos del ritual fanático.

El fanatismo de ciertos grupos eclesiales. La violencia y el fanatismo también van de la mano en el ámbito de los grupos cristianos. El pluralismo es un indicador de la vitalidad cristiana y eclesial. Pero cuando al socaire del pluralismo surge la intransigencia entonces hace su aparición el fanatismo violento.

La violencia fanática surge en los grupos eclesiales en la medida en que: 1) se encierran sobre ellos mismos, constituyendo una especie de "secta"; 2) se auto-proclaman dueños de toda la verdad cristiana, sin fisuras ni inseguridades; 3) se arrojan la función de fiscales y de jueces de la ortodoxia; 4) desacreditan de modo global y con razones viscerales a los demás; 5) adoptan actitudes de auténtica intransigencia.

3. LA SUPRESION ETICA DEL FANATISMO VIOLENTO

—existe un fanatismo difuso en la vida social que, en cierta medida, explica la violencia terrorista. El vivir la política como un absoluto conduce inevitablemente a manifestaciones sociales de índole fanática, en las que no desentonan excesivamente las explosiones de violencia.

El fanatismo violento de posturas políticas involucionistas. Es patente la existencia de grupos políticos que, nostálgicos de un pasado autoritario, desearían la involución política. Con frecuencia tales grupos acompañan sus deseos con el ritual de la violencia social: profusión de "representaciones" simbólico-ideológicas de la violencia, conatos de golpes, involucionistas, acciones violentas concretas.

Tampoco es el momento de analizar las causas, los objetivos y la vigencia de este tipo de violencia social. Únicamente se pretende denunciar el componente fanático del universo violento de los grupos nostálgicos del pasado y deseosos del involucionismo político. Ese componente fanático se advierte en las siguientes manifestaciones: 1) jugar con el "descrédito" frente a todo lo que pertenezca a las opciones democráticas; 2) capitalizar, eternizándolo, el significado de hechos pasados considerados como "gloriosos"; 3) erigirse en salvadores carismáticos del resto de la nación.

Cuantos hablan del fanatismo en términos de denuncia tratan también de aportar una solución a esta lacra de la convivencia social. La solución suele estar de acuerdo con el tipo de análisis que previamente han realizado. Así, por ejemplo, para Voltaire el remedio del fanatismo es la implantación del "espíritu filosófico" (9). En cambio Balmes propone como solución el reconocimiento de la propia debilidad y la sumisión a una autoridad infalible: "esos extravíos de la mente, esos sueños de delirio apáganse por lo común en su mismo origen, cuando existe en el fondo del alma el saludable convencimiento de la propia debilidad y el respeto y sumisión a una autoridad infalible" (10).

Habiendo analizado aquí el fanatismo desde la perspectiva de la violencia corresponde proponer una solución específica para superar la violencia fanática. Esta solución consiste en un proyecto ético-cívico, apoyado sobre tres valores básicos: el valor de la racionalidad abierta y dialogante; el valor de la convivencia pluralista; y el valor de la ética civil que supere los exclusivismos del fanatismo tanto de la religión como de la increencia.

El valor de la racionalidad abierta y dialogante. Para curar el fanatismo no hay terapia más adecuada que la racionalidad. Racionalizar versus fanatizar: he ahí un axioma de la ética de la convivencia.

La apuesta por la racionalidad supone la superación de los asaltos del fanatismo. En efecto, la actitud de racionalidad, genera el deseo de "buscar" la verdad y no la seguridad de "poseer" la verdad. La búsqueda de la verdad es siempre una tarea abierta; quien se deja guiar por la racionalidad, no afirma la posesión segura de "toda" la verdad. Por otra parte, la búsqueda de la verdad se hace en continua "confrontación" y en diálogo permanente con los demás seres razonables. Esta dinámica de la racionalidad es incompatible con el fanatismo.

En el ámbito concreto de la violencia fanática urge de modo especial introducir la racionalidad. Para superar la violencia es necesario desfanatizarla. La desfanatización se logra mediante una adecuada racionalización.

La primera racionalidad que es preciso introducir en la realidad de la violencia es la racionalidad del *discurso crítico*. Pocas realidades son tan refractarias a la claridad del logos (palabra y razón) como la violencia humana. Por eso mismo se precisa un discurso crítico para denotarla, analizarla y nombrarla impidiendo que se esconda en los antros de la irracionalidad o que se camufle mediante la apariencia de justificaciones ideológicas. Es certera la toma de postura de Ricoeur ante la violencia: "el discurso y la violencia son los contrarios fundamentales de la existencia humana. Atestiguarlo ininterrumpidamente es condición única para reconocer a la violencia donde se encuentre y recurrir a la violencia cuando haga falta. Pero quien no haya dejado de designarla como contraria al discurso, tendrá que evitar hacer apología, disfrazarla o crearla pasada de moda, cuando no lo está" (11).

El segundo nivel de desfanatización de la violencia pertenece al orden político. Esta desfanatización de la violencia se realiza mediante la correspondiente *racionalidad política*.

La violencia humana precisa una canalización o institucionalización social. Cuando la institucionalización adquiere rasgos y funciones cuasi-divinas aparece el fanatismo violento del Estado autodivinizado. Pero, por otra parte, la desaparición de toda institucionalización social de la violencia conduce al poder de la fanatización ácrata, una de cuyas manifestaciones es la violencia terrorista.

Únicamente la racionalidad política es capaz de mantener en su justo límite la canalización social de la violencia, impidiendo tanto la excesiva institucionalización (terrorismo de Estado) como la exagerada desinstitucionaliza-

ción (violenta terrorista). Las diferentes interpretaciones o discursos políticos sobre la violencia (12) encuentran el punto de equilibrio en la afirmación sobre la necesidad de racionalizar políticamente la violencia.

El último nivel de desfanatización de la violencia lo realiza la *racionalidad ética*. Esta corrige posibles desviaciones de la racionalidad política. En determinados ambientes se ha vivido, o se vive todavía, la política "como deslumbramientos y unilateralidad", actitud que lleva servirse de la política como una "religión encubierta" o una "religión secularizada". Esta absolutización de la política conduce a fanatismos intransigentes situados más allá del bien y del mal (13). La racionalidad ética desdiviniza la política y consiguientemente desfanatiza radicalmente la violencia.

El valor de la convivencia pluralista. El fanatismo se nutre y se expresa mediante actitudes intransigentes. La violencia fanática es la intransigencia convertida en bomba explosiva: el fanatismo explota en violencia a través del mecanismo de la intransigencia.

La opción por la convivencia es el telón de fondo de una vida social no fanática. Ahora bien la trama de la convivencia social está constituida por el pluralismo. La trama violenta de la sociedad (trama golpista, trama terrorista, etc) únicamente desaparece mediante la trama del sano pluralismo dentro del cuerpo social.

Para arraigar y consolidar la convivencia pluralista hay un medio eficaz: la *participación* consciente y responsable de todos los individuos y de todos los grupos en la vida social. La participación crítica y responsabilizada es el antídoto eficaz contra el fanatismo y contra la violencia social que brota de él.

El valor de la ética civil. La alternativa global y decisiva frente a la violencia fanática es la elevación ético-cívica de la sociedad. La ética civil, constituye la trama genuina de la sociedad desfanatizada y no violenta. El proyecto ético-cívico, en que colaboren creyentes y no creyentes, desarticula y neutraliza los fanatismos violentos y las violencias fanáticas.

NOTAS

- (1) J. BOUCHÉ, *Fanatisme*: DTC V/2 París, 1913) 2072-2076. P. PALAZZINI, *Fanatisme*: Enciclopedia Cattolica V (Città del Vaticano, 1950) 1009-1010; J. LECLER, *Fanatisme*: Catholicisme IV (París, 1956) 1089-1092; K. GOLDAMMER, *Fanatismus*: RGG³ II (Tübingen, 1958)

- 873; R. SCHLUND, **Fanatismus: LTK² IV** (Friburgo, 1960) 21-22; M. GUERRA -J. M.^a VÁZQUEZ, **Fanatismo: GER IX** (Madrid, 1972) 731-732.
- (2) Ae. FORCELLINI, **Lexicon totius latinitatis** (Patavii, 1940) IV, s.v..
- (3) VOLTAIRE, **Diccionario filosófico** (Madrid, 1980²) 255.
- (4) J. BALMES, **El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea** t. I, c. 8: Obras completas, volumen V (Barcelona, 1925) 129-140.
- (5) REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, **Diccionario de la lengua castellana** (Madrid, 1970¹⁹), fanático: "Que defiende con tenacidad desmedida y apasionamiento, creencias u opiniones religiosas".
- (6) PALAZZINI, i.c., 1009.
- (7) BALMES, 1.c., 131.
- (8) R. AGUIRRE - J. M.^a MARDONES, **Violencia y Religión en Euskadi: Sal Terrae 68** (1980) 727-735.
- (9) VOLTAIRE, 1.c., 257.
- (10) BALMES, 1.c., 134.
- (11) P. RICOEUR, **Violencia y lenguaje: La Violencia** (Bilbao, 1969) 124.
- (12) Y. MICHAUD, **Violencia y política** (Madrid, 1980).
- (13) Ver el estudio de R. AGUIRRE, **La salvación cristiana no es exclusivamente política: Iglesia Viva** n. 94 (1981) 369. 386. "Quien se considera encarnación segura de la luz y de la verdad fácilmente justifica la utilización de cualquier medio en un combate cargado de resonancias escatológicas. La historia nos enseña que la religión puede convertirse en una enorme fuente de violencia negra (reaccionaria) pero también roja (apocalíptica). Existe el terror del inquisidor, pero también el del iluminado. Es interesante observar que el terrorismo en Europa prende precisamente en países de fuerte tradición católica y en ambientes de honda religiosidad (Italia, Irlanda, País Vasco). Quien ha sido educado en una moral sin política (fenómeno típicamente religioso), es decir, en un voluntarismo moral ajeno a las dimensiones históricas de la acción humana, fácilmente pasa a una política sin moral, o sea, a la absolutización de la política hasta el olvido de los valores morales, de referencias personales o de otro tipo de motivaciones" (p. 376).